

Formas de guerra y mutación del Ejército durante la guerra de independencia en Colombia y Venezuela

CLÉMENT THIBAUD

La historiografía de las independencias ha pasado por una «revolución copernicana» en estos últimos años. Ya no se las considera como el acceso natural a la autonomía política de entidades nacionales en trance de parto desde la conquista —e incluso mucho antes en los países con una gran tradición indígena—, y tampoco se las tiene como el fruto de causas necesarias, sino como un acontecimiento fortuito en su origen, derivado del desplome de la monarquía española bajo los golpes de los ejércitos napoleónicos.

Bajo esta perspectiva, la política recupera sus derechos para explicar la formidable aceleración de la historia que, de 1808 a 1812, abolió el absolutismo en nombre del rey cautivo y decretó una carta que recogió lo esencial de los elementos constitutivos de la política moderna: la soberanía del pueblo, la ciudadanía igualitaria, el régimen representativo, la nación. Aquí, el surgimiento inesperado del acontecimiento, bajo la forma de la invasión francesa, se articula en una historia política de mayor duración, la de los orígenes de las ideas y prácticas que hacen de puente entre un Antiguo Régimen comunitario y estamental, y una modernidad en la que el individuo se convierte en el principio fundamental de la sociedad.

Vistas hasta este tiempo como un evento necesario, tanto por la historia patria como por la historia académica o los análisis socioeconómicos modernos, no se comprendía a las revoluciones hispánicas sino en relación con sus orígenes (políticos, culturales, económicos o sociales). Estando las independencias contenidas en sus causas, no había ninguna necesidad de prestar mayor atención a su desarrollo concreto, sino bajo la forma de un epílogo exaltando el gesto inmortal de los próceres. Al hacer esto, la historiografía olvidaba la mitad del problema y se desviaba de lo que constituye la textura misma del proceso revolucionario: su dinámica, su capacidad de crear un antes y un después, su poder de transformación tanto en los niveles legales, políticos y, en menor medida, sociales. Si las naciones no preexistían a la independencia, eran entonces su consecuencia.

Este olvido se doblaba en otro: el papel de la guerra en el proceso dinámico de definición de las identidades. Estas últimas, además, no siempre remitían a la construcción

nacional, sino que comprendían formas derivadas: en el campo simbólico, la república o la ciudadanía; en el campo imaginario, las identidades regionales, «raciales» o sociales en vía de definición con el cambio del centro de poder, la abolición de las fronteras de castas, de las corporaciones o de las antiguas repúblicas como las de los españoles y de los indios, y en general de todos los principios jerárquicos de ordenamientos territoriales y sociales establecidos en tiempos de la colonia.

La aspiración de este artículo es mostrar el proceso revolucionario en su devenir: no como la progresión inevitable hacia la independencia y la república, sino como un acontecimiento de curso relativamente caótico, imprevisible y productor de nuevas formas de vida en común. Ante todo se dedicará a la dinámica del conflicto, hasta cierto punto descuidada en el marco de las revoluciones hispánicas, mientras que la guerra es reconocida tanto en la Revolución Americana como en la Revolución Francesa, y más en general bajo la perspectiva de la creación de los Estados nacionales —piénsese en Italia y sobre todo en Alemania— como uno de los elementos centrales de la explicación.

En este contexto, la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela ocupan un lugar particular. Con el Río de la Plata constituyen los conjuntos que evolucionaron con más rapidez hacia la ruptura con la España peninsular. A diferencia de Buenos Aires y su vasto interior, estos territorios declararon la independencia absoluta de la metrópoli entre 1811 y 1813; también adoptaron, en su sentido moderno y antimonárquico, la forma republicana de gobierno¹. Venezuela vivió además una guerra particularmente larga y sangrienta, en la que tal vez desapareció una cuarta parte de la población. ¿Debe relacionarse esta «brutalización» con el aspecto radical de la revolución en Tierra Firme, con sus jacobinos como Antonio Nicolás Briceño, su general de la Revolución Francesa —Francisco de Miranda—, su profeta en la persona del Libertador Simón Bolívar y su alianza (circunstancial) con la revolución negra de Haití?

De 1810 a 1824, la dinámica revolucionaria produjo varias formas diferentes de guerra. Uno de los objetivos de este trabajo es describir y comprender esta dinámica social y política. ¿Cómo se pasa, en sólo unos años, de un combate limitado de milicias locales —guerra de palabrería acompasada por interminables sitios de ciudades— a la guerra irregular en los llanos de Colombia y de Venezuela, y luego a la guerra de gran estilo que, desde Carabobo hasta Ayacucho, permitió la derrota final de los ejércitos del rey? Estos cambios «macro» se apoyan en una evolución de la organización de las fuerzas armadas y en un profundo cambio de su reclutamiento. Además, poco a poco, el ejército libertador toma un lugar central en la construcción de la república y en la práctica política corriente: ¿cómo explicar el papel complejo pero crucial que desempeñan los militares en la estabilización —y la desestabilización— de las nuevas instituciones liberales en el espacio grancolombiano?

1. Sobre este punto, ver François-Xavier GUERRA. «La identidad republicana en la época de la independencia». En: Gonzalo SÁNCHEZ GÓMEZ; María E. WILLS OBREGÓN (comps.). *Museo, memoria y nación*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2000, p. 253-283.

Las formas de guerra y la evolución de la identidad política

La guerra de independencia en Venezuela y en Colombia sería una guerra civil que condensaría, activaría y reuniría —según la intuición de José Manuel Restrepo², recogida por Laureano Vallenilla Lanz y luego, con transformaciones, por Federico Brito Figueroa y Miquel Izard— los conflictos particulares de clases y colores —la guerra de clases y colores»³. Sin duda esta explicación tiene el mérito de fragmentar el objeto, «guerra nacional de emancipación», para revelar en él el trasfondo, hecho de tensiones heredadas del Antiguo Régimen. Lejos de resumirse en una majestuosa querrela para librarse de una servilidad impuesta por España, la independencia habría pasado por luchas parciales donde cada grupo —étnico, racial, político, social, regional— se habría enfrentado. Este esquema, por seductor que parezca, presenta un grave inconveniente: la delimitación *previa* de los grupos sociales, «raciales»⁴ o étnicos ignora la influencia de la guerra en la (re)definición política de las identidades⁵. Propone una visión estática de las luchas, como síntomas de una estructura oculta.

Añadamos además que en esa época las fronteras entre los estados actuales de Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador no son criterios pertinentes para limitar el análisis. Sería cometer un anacronismo creer que los acontecimientos de la capitania general no tuvieron sino una influencia marginal en el reino. En realidad, se debe tomar el proceso revolucionario como un conjunto que no siempre está arraigado en un espacio geográfico concreto. El espacio de la guerra de independencia también es abstracto, en el campo de la construcción de las identidades republicanas y luego nacional; desdeña las fronteras cuando se trata de la guerra para seguir con frecuencia los pasos de Simón Bolívar. Es por esto que, sin limitarse a un marco geográfico restringido a un

2. José Manuel RESTREPO. *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Medellín: Bedout, 1969, III, p. 117.

3. Laureano VALLENILLA LANZ. *Disgregación e integración. Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*. Caracas: Tip. Universal, 1930, 2 v.; Laureano VALLENILLA LANZ. *Cesarismo democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1985, p. 335; y Feliciano BRITO FIGUEROA. *La emancipación nacional. Guerra social de clases y colores*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María, 1986. Miquel IZARD. *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*. Madrid: Tecnos, 1979.

4. Sabemos que las razas no existen. El término se utiliza aquí para designar una categoría que manejan los actores, con el fin de evitar el anacronismo que supondría el uso de la idea de etnia. Lo que interviene en las interacciones entre los actores no es tanto la identidad cultural como el valor social y la clasificación jurídica asociados a ciertos rasgos del aspecto físico (color, forma de la cara, cabellos, etc.) En el mundo hispánico, el término de raza es menos peyorativo que otros contextos, incluso si, en su sentido clásico, «Se toma muy regularmente en mala parte» o, como lo define todavía el *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Madrid: 1817, puede ser sinónimo de «genus, stirps, etiam generis macula vel ignominia».

5. Sobre esta dificultad, ver Marie-Danielle DEMELAS-BOHY. «Je suis oiseau; voyez mes ailes...» 'Je suis souris: vive les rats!'. *Caravelle* (Toulouse). 62 (1994), p. 179-191. Es claro que este esquema ha sido puesto en tela de juicio en el curso de la década de 1990 por la historiografía reciente sobre la cuestión de la independencia gracias a los trabajos de François-Xavier GUERRA. *Modernidad e independencias*. Madrid: MAPFRE, 1992 y Jaime E. RODRÍGUEZ O. *La independencia de la América española*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

país, hay que ceñirse al análisis de los procesos transformadores allí donde asumen la mayor novedad y la mayor fuerza. Dentro de esta perspectiva, Venezuela constituye un laboratorio revolucionario donde van a inventarse formas inéditas de hacer la guerra y de pensarse y vivirse en cuanto comunidad nueva. El análisis de las mutaciones venezolanas resulta ser entonces un prefacio necesario para la comprensión del proceso independentista en Nueva Granada, donde estas novedades van a arraigarse después de la reconquista de 1819.

Un postulado domina entonces este trabajo: la identidad de los actores evoluciona con la forma de guerra. ¿Cómo la historia-batalla, condenada justamente en sus versiones académicas por Fernand Braudel y la Nueva Historia francesa, puede dar cuenta de una revolución política e incluso de un cambio social? Esta es la pregunta que habría que plantearse, al analizar dos facetas de esta compleja realidad. En primer lugar, ¿en qué es esta forma de guerra la expresión de una sociedad particular? ¿Cómo podemos descifrar el estado de una comunidad a través de lo militar? Y luego, ¿cómo cambia el proceso bélico a la sociedad y cuáles son sus modalidades? Dar un primer elemento de respuesta a estas preguntas requiere el análisis del espectro de las diferentes formas de guerra que vivieron las regiones en la jurisdicción de Bogotá durante el gran conflicto de la emancipación.

¿Qué se constata en toda la jurisdicción del reino en 1811? Algunas juntas patrióticas atacan sin energía a la ciudades leales a la regencia española; unas milicias mal armadas renuncian ante la primera dificultad que se les presenta, negándose a combatir o desbandándose después de que el combate ha causado dos o tres muertos, y quince o veinte heridos. Estos hechos evocan el desarrollo de las guerras cívicas italianas de las que se burlaba Maquiavelo⁶. A la inversa, en las campañas de reconquista española al mando de Yáñez y Boves en 1814, y luego de Morillo en Nueva Granada en 1815 y 1816, corrieron mares de sangre, se multiplicaron las exacciones, las ejecuciones de prisioneros, y las masacres de civiles⁷.

El contraste entre las dos épocas es sorprendente. ¿Cómo comprender el abandono de las leyes y de las costumbres bélicas, a favor de un modo de combate que apela a una guerra a muerte encarnizada en la que se multiplican las venganzas de carácter privado?

6. Como la famosa batalla de Anghiari, entre Sforza y Piccinino en 1440, en la que se enfrentaron 11.000 combatientes, con saldo de 60 muertos y 400 heridos (Maquiavelo informó, por su lado, sobre dos muertos). Respecto a esto, ver Franco VENTURI. *La culture de la guerre*. París: Gallimard, 1984, p. 77.

7. La condena de las atrocidades cometidas por Boves, Morales y los jefes llaneros es ciertamente un rasgo de exagerada indignación de la historiografía patriótica, pero la ferocidad de esos crímenes chocó a los actores mismos, fuesen realistas o republicanos. Ver los testimonios hostiles a los realistas «incontrolables» (Monteverde, Yáñez, Boves): Narciso COLL Y PRAT. *Memoriales sobre la independencia*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1960, «Exposición de 1918», p. 280; José Francisco HEREDIA. *Memorias del regente Heredia*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 195; Andrés LEVEL DE GODA. «Antapodosis». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas). XVI/63-64 (1933), p. 500-709, sobre todo p. 550; Daniel F. O'LEARY. *Bolívar y la emancipación de Sur-América. Memorias del general O'Leary*. Madrid: Sociedad Española de Librería, 1915, I (1783-1819), p. 236 ss.

militar como por la negociación y los compromisos entre la Corona y los múltiples actores colectivos indios. De la misma manera, no es de extrañar que los criollos hayan reivindicado celosamente su pertenencia al imperio como fieles súbditos del rey Fernando, iguales a los andaluces, aragoneses, catalanes, gallegos y castellanos.

Los primeros conflictos armados estallaron en Venezuela a fines de 1810. Estos combates comenzaron en torno a la cuestión de la lealtad hacia las instituciones establecidas en España para suplir la *vacatio regis*. Al contrario de las ciudades juntistas, las ciudades de Coro y de Maracaibo reconocían a la regencia, y se pusieron en guardia contra el resto del país. A pesar de esta amenaza, la formalización de un ejército en Caracas tuvo muchos rodeos y se encontró con fricciones insuperables. La creación de un cuerpo que defendería a la patria más allá del pueblo parecía imposible, a pesar del peligro de una invasión realista.

Las contrariedades con respecto a esto del secretario de Guerra del ejecutivo de la Junta Suprema, Lino de Clemente, son muy significativas. En septiembre de 1810, requiere de cada pueblo de la provincia de Caracas algunos soldados con el fin de formar tres batallones veteranos «para el servicio de la patria y la utilidad del vecindario»¹⁵. La creación de estos cuerpos a partir del Fijo de Caracas, tiene efecto algunas semanas después, el 15 de octubre¹⁶. Para proveerlos, la junta exige de cada pueblo de uno a catorce hombres. La aldea de Curiepe debe proporcionar, por ejemplo, un soldado para una población de 2.220 habitantes, Caucagua, nueve entre 1.400¹⁷, etc. El ejecutivo no exige sino 163 hombres para todo el partido capitular de Caracas¹⁸. Sin éxito: el 18 de febrero de 1811, los tres nuevos batallones no han recibido, para gran perjuicio de sus respectivos comandantes, sino 63 hombres¹⁹.

Mientras la milicia es aceptada e incluso valorada por el vecindario, que encuentra en ella los privilegios del fuero, el batallón reglamentado le parece un cuerpo lejano, mezclado, incomprensible. No sólo ningún ciudadano presta el servicio militar de buena gana, sino que la obligación suscita alarmas vehementes. Lino de Clemente lamenta:

«... la renuencia que generalmente se ha experimentado de los vecindarios de todos los pueblos de la jurisdicción del mando de esta Suprema Junta, a prestarse voluntarios sus individuos para el servicio de las armas y formación de los batallones veteranos a que se les ha llamado por la necesidad que tiene la patria de la defensa de su libertad...»²⁰.

15. ARCHIVO RESTREPO, vol. 26, fol. 37: «Circular de Lino de Clemente a los pueblos del partido capitular de Caracas, 27 de septiembre, 1810».

16. «Orden del 18 de octubre de 1810 aprobando la división de los tres batallones veteranos y los empleos que faltan de oficial y demás plazas respectivas». En: *Las fuerzas armadas de Venezuela en el siglo XIX (textos para su estudio). La independencia: de la primera República al Congreso de Angostura, 1810-1813*. Caracas: Presidencia de la República, 1963, I, p. 28.

17. John V. LOMBARDI. *People and places...* [13], «part II – A workbook in the historical demography of Venezuela, the Bishopric of Caracas 1771-1838».

18. Ver nota 15.

19. ARCHIVO RESTREPO, vol. 26, fol. 49v-50: «Carta de Lino de Clemente, 18 de febrero, 1811».

20. ARCHIVO RESTREPO, vol. 26, fol. 43v-44: «Carta de Lino de Clemente, 8 de enero, 1810».

Como las mismas causas tienen los mismos efectos, esta situación se repite en la Nueva Granada. La guerra entre federalistas y centralistas que principia en 1812, así como los combates del teatro de operaciones meridionales, entre Cali y Pasto, manifiestan características similares a las de la capitanía general. La debilidad de los combates va pareja con la resistencia de los pueblos ante la conscripción y los impuestos de guerra. Joaquín Ricaurte, gobernador de Pamplona en 1814, no deja de quejarse ante el ejecutivo confederal de Tunja, testimonio de la impotencia patética del Gobierno central frente a unas localidades descontentas²¹.

Los pueblos se niegan a confiar sus habitantes masculinos a la institución militar. Una conspiración universal tiende a la conservación de los «cuerpos primarios»²² milicianos, que convierten a una compañía o a un batallón en una imagen exacta de la comunidad de habitantes de la que proviene. En este contexto, el problema en que trabajan las juntas se convierte en el siguiente: ¿cómo preservar los «cuerpos primarios» locales y construir al mismo tiempo fuerzas capaces de repeler al enemigo? Problema tremendo, que no pudo ser resuelto, y que explica en gran parte los éxitos de Monteverde en Venezuela en 1812 y los de Morillo, en Nueva Granada, con ocasión de la reconquista de 1815.

La transformación del ejército de dotación colonial²³ en un ejército patriota conduce entonces a una reterritorialización de las fuerzas armadas. Si los oficiales subalternos y los suboficiales de los batallones profesionales coloniales escogen servir bajo los ejecutivos patriotas, la fuga de sus coroneles y teniente coroneles realistas lleva a un refuerzo de las autoridades locales tradicionales. Invaden en esta forma el estado mayor y el mando operacional de los cuerpos. Los hacendados y propietarios de los hatos²⁴ eran coroneles de milicias; helos ahora generales de la junta y luego de la Primera República, a la cabeza de batallones de infantería. La mayor parte son propietarios muy ricos, como el marqués del Toro, cuya incapacidad es notoria. En Santafé, Luis Caicedo es nombrado a la cabeza del regimiento

21. Se pueden seguir los sinsabores de Ricaurte en su correspondencia al ejecutivo de Tunja, reunida en el ARCHIVO RESTREPO, vol 3, fol. 40 ss.

22. La idea fue forjada por la historiografía del ejército alemán, cuya cohesión extraordinaria era cuestionada. Se basaría, según un estudio pionero de E. A. SHILLS; M. JANOWITZ. «Cohesion and disintegration in the Wehrmacht in World War II». *Public Opinion Quarterly* (New York). 12 (1948), p. 280-315, en su respeto a los «grupos primarios» basados en un origen común regional —en el que coinciden las identidades religiosas, lingüísticas, etc., y que tiene una significación particular en Alemania.

23. Recordemos la estructura doble del ejército español de América. Por una parte, el ejército de dotación está constituido por los regimientos acantonados en puntos estratégicos; es esencialmente defensivo y se embota en una vida de guarnición de proverbial rutina. Por otro lado, un ejército de refuerzo permite sostener la vacilante moral de las tropas residentes en caso de ataque. Se trata de fuerzas enviadas de España, a donde vuelven una vez liquidado el conflicto que motivó su desplazamiento. La bibliografía sobre este punto es inmensa; de valiosa referencia sobre Venezuela son los trabajos de Gerardo Suárez y de Juan Marchena Fernández. Santiago Gerardo SUÁREZ. *Las instituciones militares venezolanas del período hispánico en los archivos*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1969; Santiago Gerardo SUÁREZ. *Las fuerzas armadas venezolanas en la colonia*. Caracas: 1984; Juan MARCHENA FERNÁNDEZ. *La institución militar en Cartagena de Indias, 1700-1810*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1982; Juan MARCHENA FERNÁNDEZ. *Oficiales y soldados en el ejército de América*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983.

24. En Venezuela, el hato es una gran hacienda de cría de ganado, más común en los grandes Llanos de la cuenca del Orinoco.

de milicias de infantería de la ciudad; sus títulos de gran terrateniente de la sabana de Bogotá son sin duda un contrapeso de su ignorancia en el campo militar. La creación del Regimiento de Patriotas y del Regimiento de Milicias de Caballería le permite a los hijos de las familias Caicedo, Nariño, Álvarez, Prieto, Ricaurte, etc. acceder a una posición que el Antiguo Régimen les había negado²⁵. El éxito de los reclutamientos en esta arma se explica en parte por la frustración de las élites criollas bajo el Antiguo Régimen: recordemos que no había milicias disciplinadas en las tierras frías en tiempos de los virreyes.

En pocas palabras, las fuerzas armadas patriotas de los años 1810-1812 adoptaron el modelo miliciano clásico. En el campo ideológico, se inspiraron en los modelos republicanos de la Antigüedad donde cada ciudadano debía participar activamente en la defensa de la ciudad. Están al mando de oficiales de los batallones profesionales en su mayoría criollos, todos retoños o aliados de las grandes familias. En sus principios de autoridad, su reclutamiento, su jerarquía y su modo de combate, los ejércitos de la Patria Boba neogranadina y de la Primera República venezolana pertenecen aún al Antiguo Régimen. Sus tropas de milicias, estructuradas en torno a las autoridades tradicionales revestidas de la unción militar, practican una guerra de sitios poco energética. A este respecto los intentos contra Coro o contra Valencia son reveladores: una poliorcética balbuciente lleva, por falta de energía, al fracaso. El sitio de Coro, por ejemplo, dura dos días²⁶. Las operaciones en el Cauca no demuestran un sólido dominio del arte militar; las avanzadas y las retiradas se suceden sin que ningún campo pueda tomar una ventaja decisiva. En este sentido, los combates que enfrentan la ciudad patriota de Cartagena a la realista de Santa Marta, son paradigmáticos. Desisten después de tres o cuatro escaramuzas, y los escasos rompimientos estratégicos, como el de Labatut a principios de 1813, son seguidos de retiradas más o menos catastróficas. No era que faltara el deseo de batirse, era que la legitimidad del combate incomodaba tanto a los soldados como a los comandantes de las tropas de los dos bandos²⁷. Se cuidaban de evitar la batalla por ser esta demasiado costosa.

En este marco, el enemigo no asume un rostro de radical alteridad. Es el mismo, el hermano engañado que hay que llevar a la razón. De ahí el carácter pusilánime, paternal y lleno de suavidad que toma el conflicto. Teniendo en cuenta las diferencias por otra parte, parece pertinente invocar la distinción platónica entre *stasis* —la discordia que regía las rivalidades entre las ciudades— y *polemos* —la clase de enfrentamiento adoptado contra los

25. Sobre la política «anti» criolla del visitador Gutiérrez de Piñeres a fines del Antiguo Régimen, ver Thomas GÓMEZ. «La république des *cuñados*: familles, pouvoir et société à Santafé de Bogotá (XVIII^e siècle)». *Caravelle* (Toulouse). 62 (1994), p. 216.

26. Sobre este tema, ver Julio FEBRES CORDERO. *El primer ejército republicano y la campaña de Coro*. Caracas: Contraloría General de la Nación, 1973. La correspondencia de Toro con las autoridades de Coro muestra el trasfondo intelectual y moral del pensamiento militar patriota en 1811. Félix BLANCO; Ramón AZPURUA. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Caracas: Impr. de La Opinión Nacional, 1875-1877, II, p. 490-504.

27. La gente de la cordillera, de creer a Laureano Vallenilla Lanz, eran, en Venezuela, particularmente pacíficas. Un ejercicio que enfrentó a dos batallones de milicias en 1800, habría aterrorizado a los oficiales que los mandaban. Laureano VALLENILLA LANZ. *Disgregación e integración...* [3], I, p. 188-189.

bárbaros. Durante la guerra del Peloponeso, los griegos «negociaron un tratado de paz, estimando que, con respecto a gentes de la misma raza, uno debe proseguir la guerra hasta la victoria y no arruinar el interés común de los griegos para satisfacer el resentimiento particular de un Estado, mientras que con respecto a los bárbaros hay que proseguirla hasta su ruina»²⁸. El combate tiene lugar sobre un fondo de amistad subyacente. Cada beligerante comparte los mismos valores fundamentales que su vecino: la disputa no es sobre la independencia o no de España, sino sobre cuestiones menos fundamentales, todas ligadas, parece, a la jerarquía entre las comunidades de habitantes y al reconocimiento del estatuto de capital de tal o cual ciudad. El apuntalamiento de la «pulsión de hostilidad» de los guerreros no se basa en un objetivo vital para todos, de orden identitario o religioso. La organización del ejército, donde cada batallón representa una aldea y forma un verdadero cuerpo primario, refuerza aún más la suavidad de la guerra. Las fuerzas armadas no constituyen sino una formalización de la sociedad de los civiles, con sus costumbres y sus principios de jerarquización bien alejados de las necesidades militares; el marqués del Toro es sin duda un aristócrata refinado, pero resulta ser incapaz de dirigir hombres en armas.

Sin embargo, a partir de 1812, los destinos de Nueva Granada y de Venezuela se separan por un tiempo. Mientras que la primera vive la neutralización del ascenso a los extremos en su propio territorio, hasta la llegada de cuerpo expedicionario peninsular procedente de Andalucía, la segunda vive una mutación radical en el orden de los combates. De hecho, hasta 1819, la capitanía general, con la notable excepción de Casanare, es la que constituye el espacio de experimentación de formas de guerra y de organismos militares inéditos, adoptados luego, con cierto retraso, en el territorio del reino. ¿Cómo comprender esta divergencia y el camino peculiar tomado por la sociedad venezolana en este momento crucial de su historia?

De la guerra cívica a la guerra civil entre realistas y republicanos

El modelo de guerra cívica es cuestionado por ciertos realistas —no los plácidos «españoles americanos» de las ciudades fieles de Coro, Maracaibo o Guayana— sino aventureros audaces ayudados por una serie de tumultos. Las circunstancias, esa Providencia laica de uso a menudo demasiado fácil, desempeñan aquí un papel pleno en el cambio del paradigma militar. En julio de 1812, la Primera República venezolana sucumbe ante la acción conjugada de una expedición militar lanzada desde Coro por un *condottiere* peninsular, Monteverde, y los tumultos serviles suscitados por agentes realistas, en los valles del este de Caracas. A la mal llamada «Segunda República» la derriba en 1814 el triple ataque de las tropas

28. PLATÓN, *Menexeno*, 242d. Ver también el análisis de Carl von CLAUSEWITZ. *De la guerre*. Paris: Editions de Minuit, 1955, p. 680.

regulares españolas de Ceballos, de los ejércitos llaneros mulatos de los caudillos Yañez y Boves, y de un levantamiento popular servil y pardo formalizado por el pulpero Rosete en los mismos valles orientales de Caracas²⁹.

La rebelión masiva de las poblaciones mestizas o negras contra el poder republicano se manifiesta en retrospecto como el momento fundador en el que se forja el estilo particular de combate propio de Venezuela: una guerra popular con un fuerte contenido «racial». Sin embargo, siempre ha sido rechazado a un segundo plano de las preocupaciones históricas para eludir una cuestión dolorosa, planteada por Miquel Izard en su obra sobre la revolución en Venezuela³⁰: ¿por qué las capas dominadas de la población, que sufrían bajo «un yugo de tres siglos», se levantaron contra sus liberadores? Esta contradicción asombraba a Simón Bolívar, que la explicaba, como otros próceres, por la interiorización de las relaciones de dominación en el seno de la hacienda y del hatu, repulsión espontánea de la «plebe» iletrada ante las novedades.

La aparición de la guerra popular está profundamente vinculada a la escogencia de los americanos realistas: había que utilizar el pueblo para derribar a la república impía. Pero, al provocar la rebelión, abrieron la caja de Pandora, al no dejarle otra opción a los patriotas que imitarlos. Como consecuencia, la guerra se extendió a todas las capas de la población, bajo la forma de un conflicto civil de extraordinaria crueldad. Un resumen de los acontecimientos lo demuestra.

Bajo la presión del avance de Monteverde, Miranda declara la ley marcial en junio de 1812. Esta le concede la libertad a los esclavos, después de un cierto tiempo de servicio, pero sobre todo obliga a todos los hombres aptos para portar armas a alistarse en el ejército regular. Esta cláusula provoca «efervescencias»³¹: la novedad de la conscripción general —el caso de la Vendée lo demuestra— a menudo es mal recibida en el campo. En estas condiciones, el arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, decide apropiarse del descontento y canalizarlo. Le escribe una carta pastoral a los curas de los «lugares donde viven muchos esclavos» para que prediquen el compromiso a favor del rey y del legítimo gobierno de España. Los esclavos se unen a los negros libres para formar masas considerables de 7.000 hombres. «Todos tenían sus armas, se alimentaban con cualquier raíz, se habían endurecido en el trabajo, resistían a las intemperies, etc.»³².

Manipulada en sus comienzos, la revuelta se hizo autónoma y permitió una expresión torrencial, desordenada, llena de diversas reivindicaciones —a menudo expresadas en actos. Algunos esclavos mataron a sus amos realistas, con más frecuencia a sus mayordomos³³.

29. Aunque el carácter espontáneo del levantamiento de Rosete debe ser rechazado, no hay ninguna duda de su naturaleza popular. Lo prueba su correspondencia con el justicia mayor de Camatagua. ARCHIVO RESTREPO, vol. 30, fol. 113 ss.

30. Miquel IZARD. *El miedo a la revolución...* [3].

31. «Memoria del arzobispo ilustrísimo señor Coll y Prat, Caracas, 25.VIII.1812». En: Narciso COLL Y PRAT. *Memoriales...* [7], p. 59.

32. Narciso COLL Y PRAT. *Memoriales...* [7], p. 64.

33. El mayordomo de una hacienda era el intendente de la propiedad y el representante del propietario.

El arzobispo Coll y Prat debió entonces intervenir para que se calmaran los insurgentes negros. Después de su victoria sobre los patriotas, para mayor seguridad, Monteverde hizo que la tropa atacara a los revoltosos que tanto lo habían ayudado a destruir la Primera República³⁴.

Describir y comprender este «Vendée» servil no es nada fácil; las fuentes que hablan de ella se atienen al discurso de las élites —sean ellas realistas o patriotas— sobre una agrupación en la que subrayan con temor su carácter monstruoso, y funesto para la historia del país. Además son escasas, lo que impide captar de manera fina los objetivos de los insurgentes negros, la composición de la revuelta, el origen y las formas de organización de los rebeldes. Sin embargo, la cuestión es crucial, porque estas rebeliones transforman la naturaleza de la guerra de independencia en esta región. Los grupos de color dominados salen a la escena del conflicto. Poco a poco, su pertenencia a uno u otro partido determina el centro de equilibrio de las pasiones políticas y de las fuerzas militares. Sobre todo, la movilización parda es el paso inicial de un tipo de conflicto inaudito hasta entonces, que va a permitir la asunción de la guerra revolucionaria: la guerra popular. Fuera de cualquier autoridad directa o apremiante, la gente de color libra un combate que se inscribe ciertamente en la letanía de las emociones que sacudieron a la Venezuela colonial, pero que, en el nuevo marco de los acontecimientos, asume un significado muy diferente.

Aunque tradicionalista, el tumulto de los valles del Tuy instituye a las poblaciones «inferiores» como sujetos del proceso revolucionario. La participación de las castas en el conflicto también inaugura la fase de desbordamiento de la lucha política por las violencias «sociales». En adelante, la energía guerrera no se canaliza en el conflicto seguro de la soberanía legítima; la guerra civil formula de nuevo las tensiones de la sociedad colonial al darles un nuevo rostro. Por definición, en ella se borran las fronteras entre civiles y militares. Ya no hay ahora sino amigos o enemigos, «ellos» y «nosotros». La acentuada polarización genera una brutalidad multiplicada contra los habitantes. Este fenómeno se agudiza aún más a fines de 1813, con ocasión del gran levantamiento realista de los llaneros.

A la «Segunda República», instaurada por Simón Bolívar como resultado de la Campaña Admirable, la derriba en efecto una serie de levantamientos de gran amplitud que cubren, desde noviembre de 1813 hasta 1814, tanto a los llanos de la cuenca del Orinoco como, de nuevo, a los valles del Tuy. En lo que concierne a la movilización popular, el levantamiento de las castas dio lugar a dos tipos de formación militar. En los valles del Tuy, la reacción inmediata de los esclavos y de los pardos culmina en la constitución de cuerpos francos de articulación flexible, en la zona de las rebeliones de 1812, bajo la dirección de un pequeño comerciante, Rosete. Por otro lado, José Tomás Boves, también pulpero, en unos pocos meses logra reunir 7.000 soldados en los llanos de Calabozo y de Guayabal, que organiza en batallones de caballería territoriales. Cada unidad lleva el nombre de su aldea de origen; el marco de la localidad, del «cuerpo primario» estructura entonces su ejército³⁵.

34. ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, Gobierno, Caracas, leg. 62, fol. 10: «Informe del ayuntamiento de Caracas, 3.X.1812».

35. José Manuel RESTREPO. *Historia de la Revolución...* [2], III, p. 96.

La organización de estos cuerpos, reclutados por realistas libres de los poderes «legítimos» de Maracaibo y Coro, responde a la lógica militar del conflicto. Su constitución reacciona ante la represión patriota realizada en el marco de la guerra en los Llanos, después de la victoria republicana de Mosquitoero, el 14 de octubre de 1813. Esta batalla, seguida de la feroz represión, polariza las facciones, radicaliza las acciones y obliga a la adopción de un bando. Del lado «español», una intensa propaganda religiosa, que llama a combatir a los impíos, legitima la resistencia ante la conscripción republicana y al pillaje que con demasiada frecuencia la acompañan.

Desde el punto de vista militar, la instrumentalización del sentimiento de hostilidad surgido de las tensiones sociales y raciales propias de la sociedad colonial marca una alternativa. Con los diferendos políticos entre soberanías van parejas reivindicaciones proliferantes basadas en divisiones que van más allá de las comunidades políticas territoriales (sobre la base de la casta, la posición social, etc.). La división opera en el corazón mismo de los cuerpos políticos que, hasta ese momento, habían preservado, a pesar de las rivalidades entre las personas, un orden armonioso en relación con el exterior. En este marco, la guerra popular se desvía en una multiplicidad de combates individuales, de conflictos de linajes. Las formas que nacen entonces de esta circunstancia emparentan la discordia con una serie de guerras privadas³⁶. Así, la guerra cívica se transforma en guerra civil que, con la participación abierta de los grupos dominados, se encierra en la repetición infinita de las guerras privadas, donde las diferencias se borran y el cuerpo político se hunde en el caos.

La guerra a muerte

Estas observaciones parecen necesarias para comprender las circunstancias de la proclamación de la guerra a muerte con el fin de aclarar el destino trágico de la guerra civil en Venezuela.

El 15 de junio de 1813, Simón Bolívar, promovido a general de brigada por el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, proclama en Trujillo la guerra a muerte, es decir, la suspensión del derecho de gentes. A tiempo que promete respetar incondicionalmente la vida de los «americanos», aunque fueran traidores que hubieran cometido actos de felonía, Bolívar reserva una muerte segura para los «españoles y canarios», a menos de que reconozcan la república. En un movimiento complejo, la proclama de la guerra a muerte busca asociar su polarización a una ficción de conflicto internacional: la lucha entre los españoles y los americanos. En otras palabras, Bolívar desea poner fin a la guerra civil y recuperar al mismo tiempo, en provecho suyo, el proceso de polarización de la sociedad.

36. Noción jurídica feudal que designa la acción de un particular demandante por la reparación forzosa de un perjuicio causado por otro particular.

Hacer esto lo condujo a una contradicción. La guerra no podría a la vez forjar la patria y castigar a los españoles como rebeldes; sería, en todo caso, a la vez nacional y civil. Porque los realistas no pueden ser a la vez españoles y rebeldes, enemigos y felones.

Bolívar sale mal que bien de este círculo vicioso. En el orden del derecho primero, su declaración del 15 de junio se propone integrar a todos los ciudadanos al conflicto para hacer que el ejército patriota dejara su marginalidad numérica. Con el fin de movilizar y polarizar a la sociedad, conviene radicalizar y simplificar los objetivos de la escogencia política. En adelante, a cada cual le corresponde decidir su pertenencia a uno u otro partido. La forma del combate paroxístico, que es el corolario de esta exhortación, da consistencia al reparto identificadorio. Nace así una compleja dialéctica entre el recurso a los extremos y las identidades antagónicas: el desencadenamiento de las violencias instala a los dos protagonistas en una alteridad absoluta que se construye, en el discurso patriota, como un enfrentamiento a muerte entre los partidos «americano» y «español». La dinámica bélica llega a sostener así las frágiles abstracciones que son, en 1813, la identidad americana, la república, los derechos del hombre. Las prácticas violentas producen entonces un reparto real, inmediato, incontestable de la comunidad política al inscribir trágicamente en el cuerpo de los ciudadanos las consecuencias de su elección partidaria. El conflicto es ciertamente de naturaleza civil; pero la negación de su esencia profunda con la declaración de la guerra a muerte desemboca en la constitución de dos partidos-naciones cuya lucha sin piedad prueba su antagonismo absoluto. En esta forma se aclara la naturaleza política de la proclama de Trujillo: Bolívar produce, a partir de un discurso identificadorio sobre la americanidad en parte ficticio, un efecto de realidad que inscribe en el cuerpo de los ciudadanos una pertenencia política.

En realidad, la proclama del 15 de junio promovió por lo tanto el uso de la violencia sobre la evidencia de una identidad americana por defender. Intenta en esta forma de limitar su expansión al duelo de los dos ejércitos. No se trata de extender el uso de la brutalidad a todas las capas de la sociedad, como se dice con frecuencia, sino más bien de maximizar su empleo dentro del estricto marco militar. Al volver sobre este período del conflicto en 1817, Bolívar recurre a la metáfora de la canalización del torrente brutal: «Toda la fuerza y, por decirlo así, toda la violencia de un gobierno militar bastaba apenas a contener el torrente devastador de la insurrección, de la anarquía»³⁷.

La guerra civil constituye un conjunto en el que no se puede aislar el estudio de un bando excluyendo al otro. Las formas de guerra iniciadas por los enemigos son repetidas y reflejadas por los antagonistas, siendo siempre los españoles los más innovadores³⁸. La determinación del enfrentamiento militar refleja la esencia política del conflicto. En 1810, la rivalidad entre las ciudades instauro la guerra cívica de baja intensidad, que

37. «Acta de instalación del Consejo de Estado en Angostura, Santo Tomás de Angostura, 10 de noviembre, 1817». En: José Manuel RESTREPO. *Documentos importantes de Nueva Granada, Venezuela y Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969, I, p. 360. (Apéndice de la *Historia de Colombia*.)

38. Hasta 1815, porque después el proceso se invierte.

recuerda los combates del Antiguo Régimen. La resistencia de los pueblos al reclutamiento de sus vecinos atenúa las posibilidades de intensificación de una lucha que no les interesaba sino en la medida en que les permitía una mayor autonomía. A partir de esta situación de equilibrio, los realistas, privados de un ejército regular salvo en Coro y en Maracaibo, van a crear una perturbación al recurrir a la movilización de los esclavos y de las castas. Este fue el primer paso en el franqueo de los umbrales de violencia. Por el efecto de acciones recíprocas, los patriotas responden con el reclutamiento forzado, jerarquizado, de una parte del pueblo bajo. Ciertos caudillos realistas, liberados de la tutela legítima de las ciudades «españolas», aprovechan el descontento latente por la conscripción para alistar ejércitos formidables que en 1814 aniquilan a las tropas republicanas. El conflicto supera en adelante la lucha entre espacios políticos cerrados. La guerra cívica se torna civil: afecta todos los cuerpos y comunidades constituidos, como una línea de fractura universal. A partir de ese momento, la distinción entre los campos civil y militar se va borrando hasta desaparecer del todo. Las finalidades políticas se trastornan. Las exacciones a las poblaciones civiles se multiplican.

De la guerra de guerrillas al poder constituyente del Ejército

El discurso de la guerra a muerte le asignaba al conflicto americano un sentido patriótico. Pero este gran reparto conceptual no tuvo la ocasión de arraigarse en una práctica gubernamental concreta; los levantamientos llaneros terminaron derribando al segundo intento de república en Venezuela en los últimos meses de 1814. En Nueva Granada, la expedición, enviada de España por un Fernando VII restablecido en el trono absoluto, ponía fin a la primera edad de la emancipación, conocida bajo el nombre de Patria Boba. A pesar de la amplitud de la derrota militar, la resistencia patriota se organizó en los espacios de frontera, recientemente colonizados, de los llanos del Orinoco, entre Casanare y el oriente venezolano³⁹. Esta mutación de la forma de guerra tuvo numerosas consecuencias tanto desde el punto de vista de la sociología militar de los ejércitos patriotas como de los regímenes de autoridad que los activaban.

Las derrotas venezolanas y granadinas obligaron así a los sobrevivientes a encontrar una tabla de salvación en una forma de combate que había tenido gran éxito en España contra Napoleón: la guerra irregular. Sin embargo, estos combates no fueron asumidos por los mandos militares de las primeras épocas. La mayor parte de ellos tuvieron que huir a las Antillas, a tiempo que en Casanare y en el oriente venezolano se reconstituyeron una multitud de cuerpos combatientes adeptos a la guerrilla, dirigidos a menudo por hombres nuevos,

39. Ejemplos de ello en Jane M. RAUSCH. *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República, 1994.

salidos de las filas. Este cambio forzado de táctica y de estrategia produjo una mutación fundamental en el orden de los tipos de autoridad.

Cada forma de guerra es tanto el fruto como la matriz de una cierta relación de poder. En este sentido, los conflictos aclaran las sociedades que los dan a luz; su morfología corresponde exactamente con los principios generales del orden social. La guerra cívica, por ejemplo, confrontaba ejércitos mandados por las cabezas naturales del virreinato. El sistema de autoridad que primaba en ella demostraba la predominancia de los valores del Antiguo Régimen. Según las categorías weberianas, esto tenía que ver con un dominio legítimo de cariz tradicional⁴⁰. Cuando Bolívar declaró, con la guerra a muerte, una lucha de sesgo nacional, también trató de construir un instrumento militar a la medida de la tarea que se había propuesto. El libertador trató, con una misma iniciativa, de racionalizar el Ejército, al conceder promociones según el mérito y al darle una estructura operacional a sus legiones: un dominio racional. En cambio, a partir de 1815, cuando cuadrillas dispersas irregulares se dedican a practicar una guerra de hostigamiento y de golpes de mano, nuevas fuerzas tienden a transformar los valores que presidían hasta entonces la escogencia de los hombres: el carisma.

A cada sistema de autoridad corresponde un nivel que determina la personalidad de los jefes, las formas de obediencia y la organización de los rangos. La guerra civil es la expresión de una sociedad de Antiguo Régimen que considera a la nobleza, es decir a la costumbre inmemorial y a la garantía religiosa del orden social, como del nivel necesario para pertenecer a la élite militar. En cambio, la guerra nacional es conducida, de ser posible, por un Ejército de conscripción de estilo igualitario. Tanto su organización como su composición manifiestan en actos la revolución de la soberanía popular, que atribuye a los ciudadanos, reunidos en una colectividad nacional, el derecho de escoger gobernantes y gobernados. La mandan idealmente hombres escogidos con el rasero de los méritos calculados según las necesidades de la batalla campal –Masséna o Davout bajo Napoleón, Urdaneta o Sucre bajo Bolívar. La guerrilla, por fin, requiere otra forma de autoridad, basada en la capacidad de hacer sobrevivir al grupo combatiente en condiciones de insoportable escasez. Es primero una exigencia de supervivencia antes que de una organización guerrera; de ahí su naturaleza a la vez civil y militar, ya que su función no se agota en el papel de ataque y de defensa⁴¹.

40. Max WEBER. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964, I, p. 170-193.

41. Sobre la guerrilla, son de útil consulta la obra general de Walter LAQUEUR. *Guerrilla. A historical and critical study*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1977, y el estudio de caso relacionado con la guerra de independencia en España de John L. TONE. *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*. Madrid: Alianza Editorial, 1999. Sobre Colombia en la época de la independencia, los estudios son escasos pero cabe señalar muy buenas obras como las de Oswaldo DIAZ DIAZ. *Los Almeydas. Episodios de la resistencia patriota contra el ejército pacificador de Tierra Firme*. Bogotá: Editorial ABC, 1962, y Oswaldo DIAZ DIAZ. *La reconquista española, contribución de las guerrillas a la campaña libertadora 1817-1819*. Bogotá: Ediciones Lerner, 1967; Eduardo PÉREZ O. *Guerra irregular en la independencia de la Nueva Granada y Venezuela 1810-1830*. Tunja: Publicaciones de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1982; Roberto ZULUAGA; U. FRANCISCO. *Guerrilla y sociedad en el Patía: una relación entre clientelismo político y la insurgencia social*. Cali: Universidad del Valle, 1993.

Esta tipología, que impone sin duda un marco demasiado rígido a la diversidad de los casos, propone una clave de inteligibilidad aceptable para describir las mutaciones del campo militar que acompañan la adopción forzosa de la guerra irregular. Los cambios tienen que ver esencialmente con dos niveles: la sociología de los ejércitos y la política republicana. En el orden de las evoluciones sociales, el nuevo nivel que preside la escogencia de los hombres se convirtió en la capacidad de vencer según los métodos de la guerrilla y, más en general, de hacer sobrevivir a los hombres en condiciones de vida muy frustrantes. La guerra irregular produjo una especie de decodificación de la profesión militar. La estructura racional de la compañía, del batallón, de la división, adaptada a la estrategia tradicional de la batalla, se eclipsaba a favor de una organización más flexible, orientada en vista de las vías y medios de la guerra de guerrillas. Ya no se trataba, en efecto, de librar la guerra según los preceptos de Jomini o de Clausewitz: derrotar al enemigo con un ataque decisivo —principio ejemplificado en la batalla napoleónica— sino de agotar su voluntad de lucha. La estrategia indirecta, teorizada en el siglo XX por Basil Liddell Hart⁴², no se proponía destrozarse las fuerzas del enemigo mediante una acción mecánica, sino destruir en él el deseo de combatir y de defenderse mediante una acción siempre sutil⁴³.

Esta estrategia inédita se apoyaba en una nueva organización de los grupos armados; generó, por esto mismo, una nueva forma de autoridad, de esencia carismática: el caudillismo militar. Al contrario del general prejuicio, este mando no era una forma de poder de esencia popular; el origen social de los caudillos no explica nada así como al mismo tiempo lo explica todo. Porque entre los hombres nuevos que aparecen en los Llanos entre 1815 y 1818, no todos comparten el origen plebeyo. La habilidad en el combate irregular, la destreza ecuestre o la maestría en el manejo de las armas blancas capacitó por supuesto a numerosos llaneros pulperos, peones o también mayordomos de haciendas. Sin la guerra de los Llanos, los humildes Páez, Zaraza, Cedeño, Monagas, etc., jamás habrían podido llegar a ser generales de la república.

Pero no fue por su extracción popular que consiguieron dirigir sus legiones, sino por su proyección carismática. Esta determinación del caudillismo militar por el tipo de autoridad que se despliega en él más que por el origen social, es la única que puede dar cuenta de una sencilla observación: muchos patricios de las costas también, por su lado, dirigieron la guerra de guerrillas en los Llanos, sobre todo después de su retorno del exilio. Esta reintegración de las élites no está ligada a una regularización de la guerra. Se asocia a una especie de contra-aculturación del mundo desinstitucionalizado de los Llanos sobre la joven sociedad patricia, colocada por la proclama de las juntas a la cabeza de los ejércitos confederales.

En esta forma, cualquiera que sea su origen social o su relación con las comunidades combatientes, todo individuo dotado de las capacidades necesarias en la pequeña guerra

42. Basil LIDDELL HART. *The ghost of Napoleón*. New Haven: Yale University Press, s.f.; Basil LIDDELL HART. *Thoughts on War*. London: Faber and Faber, 1944; Basil LIDDELL HART. *Strategy*. New York: Frederick Praeger, 1955.

43. Thomas Edward LAWRENCE. «Guerrilla». En: *Encyclopedia Britannica*, London: 1924, vol. X de la 14ª edición.

podía acceder a los puestos de mando. La decodificación de la guerra popular por el combate irregular operó una desinstitucionalización de lo militar; a su turno, la guerra irregular recodificó el mundo social para crear sus propios grados, y promover o degradar unos y otros a porfía según sus lógicas propias. Más que a la creación de un nuevo orden guerrero, la guerrilla llevaba a una reorganización de las jerarquías militares, y, en consecuencia, sociales; antiguos generales se encontraron en un nivel de simples comparsas, mientras que cabos de caballería, como Zaraza o Cedeño, llegaron a dirigir centenares de hombres.

Pero caracterizar como carismático el tipo de autoridad ligado al enfrentamiento irregular todavía no aclara en forma satisfactoria el género de poder que nació en los Llanos. La noción de carisma, sobre todo en Max Weber, hace parte de esos conceptos vagos destinados a enjugar un resto teórico. El carisma pasa por un extenso espectro de significados, como anota Paul Veyne en su magistral estudio sobre el evergetismo imperial⁴⁴. Distingue tres tipos de carisma: en primer lugar, el de los soberanos de derecho subjetivo (emperadores, reyes) cuya influencia está unida a su función. A continuación, el carisma heroico, vinculado a las cualidades extraordinarias de un individuo «por sus hazañas o un mérito excepcional». Y finalmente, el carisma de *leadership*, encarnado en un hombre que responde perfectamente ante la tarea que se ha asignado un pueblo o un gran grupo humano.

El tipo de autoridad carismática que produce la guerrilla independentista dependería de las categorías de heroísmo y de *leadership*. Si el objetivo de los patriotas era la supervivencia de los individuos que portan el ideal republicano, esta tarea sólo puede ser realizada bajo la dirección de hombres extraordinarios. Las fuentes detallan tranquilamente la loca temeridad de Páez, base de su influencia⁴⁵. Pero no nos podemos quedar en esto. ¿Qué hace la eficacia tan grande de este poder en los momentos de ruptura del orden acordado y la puesta en paréntesis de las instituciones? ¿Qué es lo que le da esta cualidad de vincular a personas dispersas en comunidades nuevas de ayuda mutua?

Es que en realidad este *leadership* no es sino una capacidad delegada por el grupo armado en vista de un fin preciso: la supervivencia, la victoria, la patria. El caudillismo militar no puede resumirse en un tipo de dominio tiránico ejercido por la magia de una fascinación personal sobre individuos de baja extracción social, como la historiografía se limita a menudo a afirmar, retomando de manera inconsciente el discurso, de elogio o de culpa, de los contemporáneos. Sería más bien un tipo de autoridad personalizada entre un jefe y sus hombres cuyos efectos de poder no existen sino a través del consentimiento de la tropa en vista de un fin pactado —a menudo tácito, por lo demás. El caudillismo no se caracteriza entonces por un dominio hipnótico; introduce la revolución

44. Paul VEYNE. *Le Pain et le Cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. Paris: Le Seuil, 1976, p. 518-520.

45. La obra no firmada, y traducida del inglés, del capitán Richard Longville VOWELL. *Campagnes et croisières dans les Etats de Vénézuéla et de la Nouvelle-Grenade, par un officier du 1° régiment de lanciers vénézuéliens*. Paris: Aux Salons littéraires, 1837, p. 111, analiza muy bien estas formas de poder carismático, especialmente, con el ejemplo del guerrillero Hurtado.

en las sociedades comunitarias, mediante la gracia de un don de autoridad. Esta aptitud no es sino la capacidad de encarnar de manera ideal los valores de los subalternos, para establecer un tipo de poder inédito, discontinuo, local y personal. En este registro, los llaneros fueron los más aptos para encontrar asociaciones bajo la dirección de esos hombres excepcionales.

En este sentido, los años irregulares de la pequeña guerra, de 1815-1818, forman un período fundamental y, para decirlo todo, definitorio, de la guerra de independencia. Lo cierto es que la transformación de las jerarquías militares ve el nacimiento de un tipo inédito de poder, el caudillismo, pero tal vez fue en el dominio político que estos tiempos de incertidumbre fueron los más decisivos.

La pequeña guerra no es pensable, en efecto, sino en relación con una geografía particular: zonas de montaña o llanos desérticos. Se despliega naturalmente, por razones militares evidentes —ya que la forma de enfrentamiento escogido es de evasión más que de destrucción— en los espacios lisos, sin caminos, ni régimen estable de propiedad, y con una débil red institucional⁴⁶. Opera de esta forma por gracia de su dinámica, una desterritorialización de la política al eliminar las fricciones entre los ideales republicanos y los hábitos de gobierno inscritos en los territorios poblados y desde mucho tiempo atrás administrados por la Corona española. En el plan militar, la guerrilla rodea al adversario, pero en el campo político evita el mundo antiguo y tradicional de las costas y las cordilleras, donde la idea, o más bien el *estilo*, realista sigue prevaleciendo.

Siendo este rodeo tanto simbólico como real, los actores sintieron los efectos. El desierto geográfico en el que se mueven las unidades móviles y la infamia de sus métodos de lucha se deben situar en continuidad con el espacio político abstracto que construye la guerrilla. El relativo vacío institucional y jurídico de los Llanos permite subvertir los hondos hábitos guerreros del enemigo y reconstruir una maquinaria combatiente apta para destruir a la oposición realista fuera de los esquemas tradicionales de la guerra de aniquilamiento, de la guerra frontal o de la oposición de tropas disciplinadas. No dicen otra cosa Bolívar cuando afirma que los desiertos son por esencia republicanos⁴⁷, o Páez cuando declara que los «bosques, montañas y llanos convidan al hombre a la libertad, y le acogen en sus senos, alturas y planicies para protegerle contra la superioridad numérica de los enemigos»⁴⁸. ¿No le proclama él a los llaneros en 1818: «Vosotros sois invencibles: vuestros caballos, vuestras lanzas y estos desiertos, os libran de la tiranía. Vosotros seréis independientes a despecho del imperio español?»⁴⁹. Tanto Bolívar como Páez vinculan muy claramente la energía patriótica con las calidades desérticas del terreno: mientras la valentía destruye por la fuerza al sistema rival representado por el enemigo, el desierto —geográfico

46. Sobre la noción de espacio liso ver Gilles DELEUZE; Félix GUATTARI. *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos, 1988, cap. 12.

47. Según informa José Antonio PÁEZ. *Autobiografía*. Nueva York: H. R. Elliot & Co., 1945, I, p. 101 (1ª ed. 1867).

48. José Antonio PÁEZ. *Autobiografía*... [47].

49. «Proclamación de Bolívar a los habitantes del Llano, El Sombrero, 17.II.1818». En: Daniel Florencio O'LEARY. *Memorias del general O'Leary*. Caracas: Ministerio de Defensa, 1981, XV, p. 579.

e institucional— permite, por su vacío, su desnudez, su ausencia de historia, recomponer el vínculo social fuera de la institución imperial, mediante una especie de rodeo. Manifiesta la presencia real de la radical novedad republicana, como espacio de libertad y metáfora de la independencia.

El gran problema de los patriotas, en efecto, consistía en imponer una estructura gubernamental fuerte a pueblos —en el sentido de municipios— que se resistían con muchas representaciones y protestas a la creación del Leviatán republicano. Este mundo holista no negaba *a priori* la idea de revolución, siempre y cuando ésta última significara el retorno a un gobierno moderado de la edad de oro, respetuoso de la estructura organicista de la sociedad. Cuando, según las lógicas modernas, los gobiernos confederados pedían con energía dinero, víveres, municiones y hombres, los pueblos vieron en ello una ruptura del pacto tácito que los unía al nuevo soberano, y, siguiendo una corriente teorizada por la filosofía neotomista en los siglos XVI y XVII, se negaron a obedecer a este tirano moderno. Las revueltas o las resistencias pasivas de los pueblos formaron en adelante el blanco que un centralismo vigoroso —el de Bolívar— se proponía colocar en el sentido de la historia: el de la revolución, y por lo tanto de la modernidad⁵⁰.

El Ejército resuelve por un tiempo el problema de la representación

El momento irregular de la guerra tuvo sobre todo un mérito incomparable: el de encontrar un pueblo liberal para la naciente república. Obediente, moderno, activo, sería el Ejército. Bolívar lo afirmó muy claramente a Santander en estos términos en una carta famosa:

«Estos señores [los federalistas] piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el Ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos»⁵¹.

El enjambre inconstituido de los cuerpos de Antiguo Régimen, más o menos hostiles a la transformación política y en todo caso vinculado a un mundo jerarquizado y desigual,

50. El vínculo entre estas dos nociones no era forzosamente inmediato en esa época, sobre todo cuando se considera el mundo rural. La Revolución Americana se comprendía a sí misma como el retorno a un gobierno adaptado a la sociedad tal como existía realmente.

51. «Carta de Bolívar a Santander, junio de 1821». En: *Cartas del Libertador*. Caracas: Banco de Venezuela, Fundación Vicente Lecuna, 1964-1967, II, p. 354.

no podía ser ese pueblo soberano que se encontraba en la base del nuevo poder. La retirada a los Llanos permitía reducir la irritante resistencia de la sociedad tradicional al decretar la equivalencia entre el pueblo y el ejército. El intento de reinstitucionalización de la república mediante la elección del Congreso de Angostura en 1818, lejos de contrariar el avance del cesarismo, lo ratificó: los soldados eligieron a los diputados. El Ejército se convirtió en fuente del poder constituyente; seguiría siéndolo por mucho tiempo, hasta el desmoronamiento de la Gran Colombia⁵².

Uno de los grandes problemas planteados por los regímenes representativos modernos es, en efecto, definir los contornos del pueblo soberano y darle una voz. La tabla rasa que suponen las dos grandes creaciones liberales, el individuo y el contrato social, termina en un grave problema del mundo postrevolucionario: el de la representación de la sociedad real, tal como la historia le ha dado consistencia y forma. Al ignorar todas las mediaciones colectivas entre el ciudadano y el Estado, la república se construye sobre una abstracción incapaz de dar cuenta de la comunidad nacional en su diversidad. Para llenar este vacío y darle un contenido al pueblo soberano, era tentador asimilar ciudadanía y milicia, incluso en forma provisional. Porque el Ejército representaba al pueblo merecedor, activo, virtuoso; era portador de los valores de sacrificio y de heroísmo del que estaban imbuidos los libertadores; constituía, en una palabra, a la república clásica. Permitía también, no sin cierta apariencia de razón, fundar la representación sobre un pedestal sólido, aunque fuese minoritario: en este sentido, el sufragio de 1818 constituye uno de los primeros pasos encaminados a construir esas democracias de minoría propias del mundo hispanoamericano, según François-Xavier Guerra. Era una mediación colectiva en la que se apoyaría el Gobierno para cimentar su fuerza y su legitimidad; mediación ilícita sin embargo, pero que construyó de hecho, si no en derecho, a la república moderna en Venezuela. Porque las fuerzas armadas también tenían el mérito incomparable de tener una voz, a través del órgano de sus oficiales. Tomaban el lugar de ese «pueblo inencontrable»⁵³ que, no teniendo ni cuerpo ni expresión política, era el quebradero de cabeza de todos los republicanos liberales en las dos orillas del Atlántico.

Sin embargo, por querer refundar las instituciones representativas en el Ejército, las élites bolivarianas precipitaron en una insostenible contradicción al Estado novicio que debía nacer de las cenizas del imperio. Los poderes constituidos —el Congreso— no eran nada frente al poder fundacional del Ejército —poder constituyente. Fue a este precio exorbitante, puesto que evitó fijar la base del nuevo Estado republicano, que los liberadores encontraron un pueblo digno de servir de fuente de la soberanía moderna.

52. Sobre este punto, ver Clément THIBAUD. «En la búsqueda de un punto fijo para la república. El cesarismo liberal (Venezuela-Colombia, 1810-1830)». *Revista de Indias* (Madrid). LXII/225 (2002), p. 463-494, y Véronique HÉBRARD. «¿Patricio o soldado: qué uniforme para el ciudadano? El hombre en armas en la construcción de la nación (Venezuela, primera mitad del siglo XIX)». *Revista de Indias* (Madrid). LXII/225 (2002), p. 429-462.

53. Ver Pierre ROSANVALLON. *Le peuple introuvable*. Paris: Gallimard, 2002.

De la guerra nacional a la nación

Las mutaciones de la forma de guerra van acompañadas de un cambio sociológico de las cohortes militares pero también de las formas de organización, de la táctica y de la estrategia. Los ejércitos de milicias de la Patria Boba eran la expresión de un cierto estado de la sociedad; todo, en sus órdenes de pago y sus métodos de combate, seguía siendo coherente con un cierto concepto de la guerra propio del siglo XVIII. Los generales, con Bolívar a la cabeza, trataron de construir cuerpos regulares eficaces, pero frente a la reacción realista, tuvieron que adaptarse a la guerra irregular. Mientras las primeras tropas constituían representaciones perfectas de las ciudades, pueblos y aldeas de las que emanaban, el momento guerrillero de la independencia comenzó a exhibir los poderes creadores de la guerra. Las tácticas y estrategias no cambiaron por sí solas; desde un punto de vista social, la guerrilla constituyó un crisol de hombres de todos los orígenes y posiciones, unidos en la voluntad de sobrevivir. La prosopografía de los combatientes de los Llanos lo demuestra⁵⁴. Fuera de los habitantes de las pequeñas localidades de la región, transformados por las necesidades de la causa en temibles lanceros a caballo (63% de los efectivos en los años 1816 y 1817), una buena cantidad de soldados es originaria de las grandes ciudades, Caracas, Barcelona y Maracaibo, e incluso Bogotá, Cartagena y Popayán. Todas las regiones están representadas en el refugio patriota de los Llanos⁵⁵.

Sobre todo, lejos de todas las fuentes de riqueza, fuera de las instituciones consuetudinarias, los pastores llaneros se mezclan con los patricios negranadinos, con los militares venezolanos, con los vástagos de las élites urbanas. Como dice preciso Francisco de Paula Santander:

«El reclutamiento se hacía siempre general de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado. Así fue que en los combates del Yagual y de Mucuritas tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada sin sal, y todos iban descalzos»⁵⁶.

Este crisol social estaba sin embargo unificado por una forma de organización flexible, carismática y pactada, la guerrilla y sus caudillos, y sobre todo por un estilo de vida

54. Remito, para más detalles y la presentación de las fuentes, a Clément THIBAUD. *Repúblicas en armas*. Bogotá: Planeta, IFEA, 2003, p. 311-317.

55. Según nuestra base de datos prosopográficos, encontramos 9% de militares de la provincia de Barcelona, 19% de Margarita, 3% de Guayana, 11% de Cumaná, 6% de Barinas, 2% de Achaguas, 21% de Caracas, 9% de Carabobo, 2% de Maracaibo, Mérida, Trujillo, 5% de Bogotá, 5% de Socorro, 2% de Cartagena y otros lugares de Nueva Granada, y 4% de Europa.

56. «Apuntamientos históricos del general Santander». En: José Manuel RESTREPO. *Historia de la Revolución...* [2], III, p. 299.

particular, hecho de vagabundaje y de rapiñas, en el contexto de una escasez generalizada de armas, ropa y víveres. Esta forma de resistencia demostró estar muy adaptada a las nuevas condiciones de la guerra, puesto que la toma de Angostura le daba por fin a los patriotas una capital.

La captura de Angostura, la futura Ciudad Bolívar, marcó un giro de la guerra, al darle una ventaja estratégica decisiva a los republicanos: por los ríos y afluentes éstos podían acceder en un tiempo razonable a cualquier punto de los Llanos, e incluso, cruzando la cordillera, a las grandes ciudades. Marca, sobre todo, el principio de la construcción institucional de la Gran Colombia, y la transformación de la guerra de guerrillas en un combate reglamentado.

Bolívar y el estado mayor intentaron primero realizar esta mutación del interior, al utilizar las mutas de guerra descentralizadas de los jefes guerrilleros. El estruendoso fracaso de la Campaña del Centro, en 1818, demostró que la lógica propia de la guerra irregular no permitía conquistar los espacios urbanizados de las cordilleras. Desde el punto de vista de la organización, el carácter federativo y agregativo de los grupos irregulares impidió concertar la concentración de las fuerzas, y por lo tanto buscar la batalla con el enemigo: la guerra sin encuentros permitía la supervivencia de los republicanos en los llanos del Orinoco, pero volvía arriesgada cualquier conquista u operación ofensiva fuera del espacio controlado. El otro callejón sin salida era la estructura misma del Ejército; la predominancia de la caballería podía ser ventajosa en el llano, pero se convertía en una desventaja insuperable en terrenos quebrados.

Las razones militares abogaban entonces por la transformación de los ejércitos irregulares en batallones reglados. Después de la contra-aculturación de las elites en los Llanos se puso en marcha un proceso de democratización de las fuerzas, que acompañaba y reforzaba la construcción de un Estado todavía no formal. Fue la tabla de salvación de Bolívar, Santander y todos los militares profesionales. Únicos capaces de dirigir la constitución de una infantería disciplinada, se impusieron así, poco a poco, sobre los caudillos de las caballerías llaneras. Al captar hombres de las guerrillas, pudieron formar pequeñas fuerzas capaces de maniobrar en las montañas. La llegada de mercenarios extranjeros, sobre todo a partir de 1818, reforzó este cambio, con la incorporación de veteranos europeos de las Guerras de la revolución y del imperio. Ingleses, alemanes, irlandeses, franceses, escoceses, italianos y hasta españoles participaron activamente en la metamorfosis de las caballerías irregulares en infantería. Este momento, particularmente claro a fines de 1818, era la condición necesaria para la campaña de Nueva Granada, y el paso necesario para la toma de Bogotá.

No es necesario subrayar la importancia de la reconquista de la Nueva Granada por una maniobra de sorpresa en la vanguardia de los españoles. Hay que detenerse en los efectos sociales y políticos de esta victoria. Los patriotas tenían por fin bajo su autoridad un territorio extenso y relativamente poblado, menos devastado por la guerra que Venezuela y fuente de ingresos fiscales. Esto les permitió proseguir e intensificar la regularización del Ejército, apelando a la conscripción masiva de la población neogranadina. De 1819 a 1822, las fuerzas republicanas pasaron de cerca de 7.000 hombres a más de 30.000. La leva es considerable; se lleva a cabo

sobre todo en las pequeñas aldeas, entre las castas y los esclavos, y cambia la base sociológica de las cohortes patriotas. Compuesta sobre todo por pastores seminómadas, a partir de ese momento están formadas en más de un 90% por «labradores», la mayor parte libres. Aunque el reclutamiento de esclavos pudo ser masivo en ciertas regiones, como Cauca o Antioquia, la repugnancia de estos a prestar el servicio militar y la aversión de los estados mayores a que lo prestaran hombres libres y siervos limitaron en gran medida la participación efectiva de la clase sojuzgada.

La sustracción de población fue formidable: a partir de 1821, las fuerzas republicanas representaban casi la misma masa, en relación con la población, que la *Grande Armée* de Napoleón. Los actos de protesta se multiplicaron; las desertiones se volvieron masivas y, en campaña, pudieron llegar a ser un 10% de los efectivos cada mes.

La gran conscripción patriótica fue a la par con una recaudación fiscal de amplitud jamás vista. Se hizo tributar a todas las regiones, a menudo fuera de los procedimientos legales, lo que produjo un descontento profundo entre la población. Estos expedientes eran sin duda necesarios para pagar un Ejército cuyo costo superaba por mucho los recursos fiscales de la Colombia de entonces: 7.191.490 pesos para unos ingresos fiscales de 6.196.725 pesos en 1824-1825⁵⁷. El pago de la soldada de 23 batallones de infantería —muchos de los cuales irán al sur para conquistar al Perú— siguió siendo sin embargo errático, lo que reforzó la desertión.

Que el Gobierno haya podido hacer caso omiso del descontento provocado por estas medidas requiere atención. Después de haber resuelto el problema de la representación política, el Ejército contribuye a resolver el de la soberanía, en su doble dimensión de potencia abstracta y de fuerza concreta y activa.

Durante la Patria Boba, el orden agregativo de los pueblos, ese municipalismo⁵⁸ creado por la Corona, resistió ante toda Constitución soberana, en su dimensión de potencia indivisible, abstracta, absoluta, que refiere a un centro todos los actos de la fuerza pública. Los patriotas de todos los matices, dada su cultura política, mal podían imaginarse este nuevo Leviatán y mucho menos darle vida. El orden político estaba, para ellos, unido a los caracteres particulares de cada comunidad humana, y vinculado, a través de una compleja teología política, a un más allá fundamental, un eje encarnado por la alianza del trono y del altar articulando el conjunto⁵⁹. De esta agregación de pueblos, finamente jerarquizados entre sí, de esta pirámide de colectividades humanas cuya base indisponible yacía en la referencia divina, ¿cómo pasar a la soberanía popular moderna, que implica una secularización

57. ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN DE COLOMBIA, República, Guerra y Marina, t. 360, fols. 706-719 y David BUSHNELL. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá: 1966, p. 279.

58. Queda por saber si ese «municipalismo» es una herencia del Antiguo Régimen o más bien una novedad de la guerra de independencia, como opinan por ejemplo Antonio Annino o Federica Morelli. Véase: ANTONIO ANNINO. «Soberanías en lucha». En: ANTONIO ANNINO; Luis Castro Laiva; François-Xavier Guerra (dirs.). *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: IberCaja, 1994, p. 229-250 y ANTONIO ANNINO. «Cadiz y la revolución de los pueblos mexicanos 1812-1821». En: ANTONIO (dir.). *Historia de las elecciones en iberoamérica, siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 178-179. FEDERICA MORELLI. *Territorio o nazione. Riforma e dissoluzione dello spazio imperiale in Ecuador, 1765-1830*. Soveria Mannelli (Catanzaro): Rubbetino, 2001, cap. 5.

59. Para comprender este montaje, ver por ejemplo Joaquín de FINESTRAD. *El vasallo instruido en el estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000 (1ª ed. 1789), y Joaquín Lorenzo VILLANUEVA. *Catecismo del Estado según los principios de la religión*. Madrid: Imprenta Real, 1793.

del campo político y de nuevas formas de representación desconociendo todos los cuerpos y comunidades construidos por la historia? Al construir un centro activo de poder, una administración militar todopoderosa, y al dotar al Estado naciente de un brazo seguro, el gobierno militar de Santander y Bolívar podía darle vida al Leviatán moderno. El origen del nuevo poder, basado en el estado de excepción y el poder militar en el contexto de una guerra por librar lejos de las fronteras, estaba sin embargo lleno de amenazas. El problema de la representación, así como el de la soberanía, no había sido resuelto definitivamente y naturalmente tenía que resurgir después de la victoria de Ayacucho.

Desde otro punto de vista, la guerra también permitía resolver el problema importante de las primeras confederaciones: la base territorial de la nación. Las primeras confederaciones se habían venido abajo sin poder darle una cabeza y una voz a la colección de los pueblos. Ausente una garantía personificada e indiscutible de la unidad, como lo era el rey, la estructura administrativa agregativa del Antiguo Régimen se volvía ingobernable. Una vez desaparecido el garante del orden, los pueblos lucharon entre sí para fijar una nueva jerarquía agregativa, sin poder responder a la exigencia de unidad. Este estado de anarquía relativa correspondía a un momento de transición y de combate entre dos concepciones opuestas. Por una parte, la estructura territorial de Antiguo Régimen, ajuste jerárquico de corporaciones territoriales que gozaban cada una de una fuerte legitimidad; por otra parte, con la destrucción de los cuerpos intermediarios, la articulación de las territorialidades al Uno colectivo: el nuevo Leviatán, la soberanía del pueblo. Mientras que la primera corresponde a la noción de majestad, la segunda depende de la soberanía moderna, dos nociones a menudo confundidas aunque totalmente opuestas⁶⁰. En la primera concepción, las capitales eran las «matrices» de los cuerpos subalternos⁶¹, en la segunda, la estructuración territorial no corresponde a un principio genealógico de engendramiento desde arriba, sino a una voluntad general, absoluta e indivisible, surgida del contrato social pasado entre individuos iguales. De un lado, entonces, un montaje de legitimidad concreto y jerárquico; del otro, una construcción abstracta, inscrita en un horizonte igualitario. Este reparto heurístico no es cronológico: las reformas borbónicas dependen, en su conjunto, de una voluntad soberana; en este sentido, para retomar la idea fundamental de Tocqueville, el Antiguo Régimen borbónico habría preparado el terreno para una revolución que no sería sino la culminación de un proceso mucho más antiguo de centralización administrativa⁶².

60. Ver los trabajos de Yan THOMAS. «L'institution de la majesté». *Revue de synthèse* (Paris). 3-4 (1991), p. 331-386 y los comentarios de Jean-Frédéric SCHAUB. «Une histoire culturelle comme histoire politique». *Annales HSS* (Paris). LVI/4-5 (2001), p. 981-997.

61. Ver toda la abundante literatura producida en 1810 y 1811 en Nueva Granada para fijar los estatutos de las capitales, los límites de las regiones, la lista de obediencias territoriales, sobre todo en la *Representación* de Camilo Torres, 3 de enero 1811, folleto suelto, o también el *Oficio de los militares de Santa Marta*, 26 de julio 1811, en Manuel Ezequiel CORRALES. *Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias, hoy estado soberano de Bolívar en la Unión colombiana*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1883, I, p. 281.

62. Alexis de TOCQUEVILLE. *L'Ancien Régime et la Révolution*. Paris: Folio Histoire, 1967. Sobre las reformas borbónicas, la bibliografía es inmensa, incluso si el marco weberiano que ha guiado el análisis hasta el presente merece una cierta revisión, como propone en su notable estudio sobre los oficiales de la Real Hacienda finanzas Michel

La construcción del espacio de la soberanía había sido inaugurada por el momento irregular de la independencia, en los llanos del Orinoco, entre 1814 y 1819. Desligado de cualquier arraigo territorial e institucional fuerte, el espacio de la guerra engendró el de la soberanía estatal moderna, según un proceso a menudo notado en otros contextos. Los desiertos engendraban la república, como afirmaba Páez, así como los pueblos, cuerpos de Antiguo Régimen, habían enterrado a las primeras confederaciones. Las fuerzas armadas, al ignorar las antiguas corporaciones territoriales, podían por fin darle una forma y fronteras a la futura nación. Tal como la definió la Constitución de Angostura, Colombia reagrupa a las regiones liberadas por las armas. En la ausencia de una base territorial indiscutible, es el principio republicano el que define entonces el arraigo geográfico. La desterritorialización de las fuerzas patriotas durante la pequeña guerra culmina en la predominancia de una forma abstracta, la república, sobre el espacio vivido de los pueblos. En esta forma indirecta, las élites militares hacen tabla rasa de las identidades provinciales para remodelar la geografía institucional del antiguo reino.

Esta geografía, surgida de las circunstancias, abarca tres zonas de contornos vagos. El primer círculo comprende las zonas patriotas que volvieron a encontrar una forma de normalidad y votaron por parroquias en las elecciones de 1818. Las zonas de combate, donde lucha el pueblo en el seno del Ejército, componen el segundo círculo. A estos conjuntos se añade el espacio que queda por conquistar, también representado por diputados —los de Caracas⁶³.

El armisticio de Trujillo como victoria política de los patriotas

El armisticio, firmado en Trujillo en 1820 entre Pablo Morillo y Simón Bolívar, pone fin a la guerra a muerte mediante un tratado de regularización de los combates. Es sobre todo la culminación de las dinámicas operantes desde 1813.

España, por intermedio de su general en jefe, acepta el triunfo político de los patriotas al firmar un acuerdo con «Colombia». La revolución liberal dirigida por Riego en Andalucía, en enero de 1820, había permitido este gran viraje⁶⁴. La regularización de la guerra participa del mismo movimiento de reconocimiento. España combate contra soldados, no contra bandidos felones. Estos últimos representan una nación en formación: el tratado le da así razón a la interpretación patriota de la guerra civil, transformando esta última en una

BERTRAND. *Grandeurs et misères de l'office. Les officiers de finances de Nouvelle-Espagne. XVII^e-XVIII^e siècles*. Paris: Presses de la Sorbonne, 1999.

63. Ver, *Reglamento de elecciones para el Congreso de Angostura*, Angostura, 17 de octubre de 1818 y la *Ley fundamental de la República de Colombia*, 17 de diciembre de 1819.

64. Rebecca EARLE. «The Spanish political crisis of 1820 and the loss of New Granada». *Colonial Latin American Historical Review* (Albuquerque). 3/3 (1994), p. 253-279; Rebecca EARLE. *Spain and the independence of Colombia*. Exeter: University of Exeter Press, 2000, p. 145-146.

lucha internacional. Al convertir el diferendo doméstico en un combate entre países diferentes, el armisticio reconoce implícitamente el derecho de los patriotas a constituirse en nación. De esta manera, le da la razón a la concepción bolivariana del conflicto, tal como se había ya presentado en la declaración de guerra a muerte; en este sentido, el lugar de la firma del armisticio, Trujillo, está cargado de sentido. Los españoles americanos se convierten en colombianos según un proceso llevado por la dinámica guerrera marcada por el abandono de la guerrilla, la formalización de los ejércitos, la institucionalización del gobierno patriota. En esta forma, paradójicamente, al reconocer que el combate que libraban los patriotas era una guerra con todos los requisitos, los españoles perdían la batalla en el campo político; la continuación de los combates no constituiría sino el epílogo militar, de Carabobo a Ayacucho, de una batalla ya ganada en el plano ideológico. En un mismo gesto, aquel armisticio declaraba y suspendía la guerra, para hacer posible su fin. En Trujillo, el reconocimiento del carácter nacional del conflicto, y por lo tanto de la alteridad absoluta de los beligerantes, culminó, de hecho, en una limitación –sancionada en derecho– de las exacciones y la violencia brutal.

La historia patria, despreocupada por producir un relato teleológico y patriota, siempre consideró obvia la naturaleza nacional de la guerra de independencia. Más que un punto de partida, este aserto debería constituir uno de los grandes problemas relacionados con la comprensión de este período. ¿Cómo, en efecto, se transformó el conflicto cívico entre ciudades rivales en una guerra de emancipación entre 1810 y, digamos, 1820?

Con la radicalización que nunca deja de operar en la sociedad, la guerra resulta ser una gran socializadora de las ideas. Cada actor, individual o colectivo, está conminado a escoger un campo, y por lo tanto a definir su posición mediante argumentos. Igualmente, incluso más que los progresos de la alfabetización o la difusión cada vez mayor de la prensa, es la dinámica propia del conflicto, ante el mandato vital de escoger un bando, lo que estimula la expansión de las ideas modernas en el seno de una sociedad que todavía funciona –y funcionará por mucho tiempo– según las lógicas del Antiguo Régimen.

El conflicto de la independencia fue el esfuerzo, producido por los patriotas, para imponerle a los partidarios del imperio el carácter nacional de su lucha. Dentro de esta perspectiva, el armisticio de Trujillo en 1820 sigue siendo el verdadero triunfo de los republicanos: los «españoles» aceptaron con él por fin la naturaleza internacional de la guerra. En una cierta forma, la historia patria pertenece a este dispositivo de combate: no es sino la continuación de la guerra de independencia por otros medios.